

## CAPÍTULO PRIMERO

### La psicología de Descartes.

#### ARTÍCULO PRIMERO

##### EL ESPIRITUALISMO DE DESCARTES EN PSICOLOGÍA

En la historia de la filosofía, Descartes aparece como un gran innovador. Léanse sus biografías, consúltense los sabios y filósofos que han juzgado el conjunto de su obra, y en todos se encontrará la misma apreciación general: Descartes ha llevado á cabo una revolución en el mundo del pensamiento; él es el padre de la filosofía moderna.

Pero ¿en qué consiste esta revolución, y cómo Descartes la ha producido? Las respuestas á estas cuestiones están muy lejos de ser conformes.

¿Acaso el autor del *Discurso del método* es el primero que rompió con la tradición, sustituyendo el principio de autoridad por el «libre examen»? En el supuesto de que semejante obra fuese meritoria, correspondería la gloria á los autores de la Reforma y á las inteligencias más atrevidas del Renacimiento, como Campanella y Giordano Bruno.

¿Es quizá un iniciador en las ciencias, en las matemáticas? La astronomía y las matemáticas habían sido ya renovadas, escribe M. Liard, por Copérnico, Tycho-Brahe, Kepler, Cardan, Viete y Neper; el método experimental había sido iniciado y practicado por Galileo, Rondelet, Servet, Aselli, Harvey y Bacón.

¿Ha creado un método, ó quizá *el* método? Puede decirse que tampoco. Los cuatro preceptos en que se resume el método cartesiano vienen á decir, que la inteligencia humana debe comenzar por descomponer las cosas complejas en sus elementos primordiales, «buscar en todas ellas lo que hay de más absoluto», y formar nociones claras y distintas; y después, reuniendo los elementos simples, residuos de la descomposición, volver á formar el compuesto. «El segundo precepto consistía, dice el mismo, en dividir cada una de las dificultades que debia examinar en tantas partes cuantas fuesen posibles y necesarias para su mejor solución.» «El tercero era, dirigir ordenadamente mis pensamientos, comenzando por los objetos más simples y fáciles de conocer, para subir poco á poco, como por grados, hasta el conocimiento de los más complejos» (1).

¿Pero este doble movimiento de descomposición y composición, de análisis y síntesis, no es el procedimiento ya descrito en el *Órgano*, y fiel-

(1) *Discours de la méthode*, segunda parte.—V. Liard, en la *Grande Encyclopédie* y en la palabra *Descartes*.

mente seguido por todos los discípulos del fundador del Liceo? (1). No es, pues, en la invención de un método, que pueda llamarse propiamente nuevo, donde se ha revelado el genio cartesiano. Su pensamiento genial es la concepción de una matemática pura, que pudiera aplicarse á cualquier orden de estudios.

Detenido en 1619 en Neubourg, sobre el Danubio, á causa del invierno, solo en una pequeña habitación y «en condiciones las más á propósito para dejarse llevar de sus pensamientos», soñaba Descartes con una ciencia más general que la geometría y que la aritmética y el álgebra, con una ciencia del orden y de las proporciones, que habia de ser «la matemática universal», y que quizá pudiera descubrirle el secreto de la naturaleza entera. Esto es lo que se desprende de la lectura del *Discurso del método*, dice justamente M. Fouillée; y esto es lo que confirma su epitafio, escrito por uno de sus más íntimos amigos, Chanut: «En las horas del invierno, comparando los misterios de la naturaleza con las leyes de la matemática, esperaba que una misma llave pudiera abrir los secretos de la una y de la otra» (2).

Descartes, en efecto, es, antes que nada, un matemático; en filosofía, como en física y en fisiología es un geómetra. Como tal, se preocupa

(1) Véase sobre este punto especial nuestro *Cours de philosophie. Logique*, parte cuarta, cap. II, art. 2.º

(2) A. FUIILLÉE: *Descartes*, páginas 11 y 12.

más del rigor de sus deducciones que de la amplitud y precisión de las observaciones iniciales; y con razón pudiera decirse de él que es lo que los alemanes llaman *einseitig*, unilateral ó univisual.

Las buenas cualidades y los defectos del entendimiento geométrico de Descartes aparecerán con toda claridad en su estudio del alma y del cuerpo. Y cuando las conclusiones últimas de su psicología deductiva le pongan á la vista el conflicto indeclinable entre el alma pensante y el cuerpo externo, el geómetra cerrará los ojos ante las consecuencias de su sistema; la atrevida construcción ideal quedará en pie, pero los fundamentos de la antropología vacilarán durante mucho tiempo. Pero no adelantemos las ideas.

\*  
\* \*

¿Cuál es el punto de partida de la psicología cartesiana? La filosofía de Descartes está condensada en su fórmula famosa: Yo dudo, yo pienso, luego yo soy.

Atar corto á los errores del entendimiento humano, extirpar en su raíz las ilusiones que nos extravían, ya provengan de la educación, de los sentidos ó de un genio maligno que se complaciera en burlarse de nuestra credulidad; asentar después sobre bases bien firmes y sólidas la filosofía, reconstruída conforme á un plan nuevo; tal es la idea inspiradora del sistema

cartesiano, y la psicología, en particular, saldrá de ella como la planta de su semilla.

Estrechado por la duda, dice Descartes, elimino sucesivamente de mis creencias las enseñanzas de la tradición primero, y después el testimonio de mis sentidos; no he olvidado en efecto que «mis sentidos me han engañado algunas veces, y la prudencia exige no fiarse jamás enteramente de aquellos que una vez nos han engañado». Elimino también las afirmaciones del sentido íntimo que me dice, por ejemplo, «que yo estoy aquí, sentado junto al fuego, vestido con una bata, teniendo este papel entre las manos, y otras cosas por el estilo...», porque recuerdo haber sido frecuentemente engañado durante el sueño por ilusiones semejantes; y cuando reflexiono sobre esta idea, veo tan claramente que no hay indicios ciertos por donde puedan distinguirse la vigilia y el sueño, que me tiene asombrado; y á tal grado llega mi asombro, que es capaz de persuadirme que estoy soñando.»

Elimino finalmente de mi creencia el objeto de los conocimientos, los más simples y generales, relativos á la extensión, al número, etcétera; porque tengo la idea de un Dios que lo puede todo, y por quien he sido hecho tal como soy. «¿Y qué sé yo, si habrá hecho que realmente no exista la tierra, ni el cielo, ni cuerpo alguno externo, etc., y sin embargo, tenga yo los sentimientos de todas estas cosas? ¿Quién sabe si habrá hecho que yo me engañe también

cuantas veces hago la suma de dos y tres, ó cuando cuento los lados de un cuadrado» (1)?

Y, después de haber eliminado de mi creencia todos estos asentimientos que la duda ha concluido por quebrantar, ¿no me queda nada? Queda aun el yo, que duda de todo esto; yo me represento las cosas de que dudo, «*videre videor, audire, calescere*» (2); yo pienso que veo, oigo y tengo calor. Puedo, sin embargo, figurarme que hay un genio burlón, «muy poderoso y muy astuto, que pone toda su industria en engañarnos siempre;» y ¿qué importa? «No hay duda de que yo existo, si él me engaña; y por más que me engañe cuanto quiera, nunca podrá él hacer que yo no sea nada, mientras piense ser alguna cosa» (3). Una cosa, pues, es cierta para mí, y es que *yo pienso*, y que *yo existo*, cuando pienso. Esta cosa es cierta sin duda, ¿pero *solamente* ella es cierta?

«¿Qué he creído yo ser hasta aquí? Siempre he vivido en la íntima persuasión de que era un hombre. Pero ¿y qué es el hombre? ¿Podré decir que es un animal racional? No en verdad: porque me sería necesario antes saber lo que es animal y lo que es racional; y así desde una cuestión caería insensiblemente en una infinidad de otras más difíciles y más escabrosas...»  
 «¿Me será más fácil adquirir certeza de los pen-

1) *Medit. 1.<sup>a</sup>*

2) *Medit. 2.<sup>a</sup>*

3) *Ibid.*

»samientos, que no me son inspirados más que por mi sola naturaleza, cuando yo me aplico á conocer mi sér? Entonces me consideraría como un cuerpo con cara, manos, brazos, etc... Consideraría además de esto, que me alimentaba, que andaba, sentía, pensaba, y relacionaba estas acciones del alma. Pero en el momento que suponga como posible un genio maligno, que emplea toda su industria en engañarme, ¿puedo yo asegurar que en mí haya nada de todo esto, sin embargo de pertenecer á la naturaleza del cuerpo? No. ¿Puedo admitir que haya en mí algunos de los atributos, que antes reconocía en el alma? Los primeros son de nutrirme y moverme; pero si fuere verdad que no tengo cuerpo, sería también verdad que no puedo alimentarme ni moverme. En cuanto á sentir, tampoco se puede sentir sin el cuerpo; además de que he pensado algunas veces sentir muchas cosas durante el sueño, que al despertar he reconocido no haber sido sentidas.» Otro atributo es el de pensar, y yo encuentro aquí que el pensamiento es un atributo que me pertenece; él es el único que no puede ser separado de mí» (1). «*Cogitatio, hæc sola a me divelli nequit, ego sum, ego existo, certum est.*»

«Yo soy, pues, una cosa que piensa, y nada más; y esta cosa que piensa es lo que yo llamo indiferentemente espíritu, alma, inteligencia,

(1) *Medit. 2.<sup>a</sup>*

razón y tantas otras palabras cuyo sentido no poseía hasta aquí.» «*Sum igitur præcise tantum res cogitans, id est, mens, sive animus, sive intellectus, sive ratio, voces mihi prius significationis ignotæ... quid igitur sum? res cogitans; quid est hoc? nempe dubitans, intelligens, affirmans, negans, volens, nolens, imaginans quoque et sentiens.*»

Tal es el fundamento de la psicología cartesiana. Yo no soy un animal racional, ó al menos, no puedo con certeza asegurar que lo soy; no puedo asegurar que tenga un cuerpo que se nutre, se mueve y siente; porque todas estas funciones de la vida vegetativa, de locomoción y de sensibilidad exigen un cuerpo, y yo no estoy cierto de que le tenga; lo único que la reflexión me autoriza á retener como cierto es que soy un sér que piensa, duda, comprende, afirma, niega, quiere y no quiere, imagina y siente.

Pero esta certidumbre, añade Descartes, no dura más tiempo que mientras yo dudo ó pienso. «Yo soy, yo existo, esto es cierto; ¿pero por cuánto tiempo? Nada más que mientras dura mi pensamiento; porque bien pudiera ser que al dejar yo totalmente de pensar, dejase al mismo tiempo de existir» (1).

He aquí claramente definido el objeto de la psicología: no es el hombre, el cuerpo y el alma,

(1) «Ego sum, ego existo, certum est. Quamdiu autem? nempe quamdiu cogito; nam forte etiam fieri posset si cessarem ab omni cogitatione ut illico totus esse desinerem.» Medit. 2.<sup>a</sup>

con su triple vida vegetativa, sensitiva é intelectual, sino el espíritu nada más, y su pensamiento. El pensamiento comprenderá todo aquello de que puede tener conciencia el espíritu, y, por consiguiente, todo aquello de que puede adquirir certeza sin peligro de ilusión, como son los conocimientos intelectuales, los actos voluntarios y los fenómenos de la imaginación y de la sensibilidad. Descartes niega la certidumbre á los fenómenos de la imaginación y de la sensibilidad, en tanto que provienen del cuerpo, porque la existencia del cuerpo no halla garantía suficiente de certidumbre en la conciencia, pero admite su cognoscibilidad en cuanto que se refieren al alma, y caen bajo el dominio inmediato de su pensamiento (1). Así pues, la psicología de Descartes queda reducida al espíritu dotado de pensamiento, y al pensamiento que se traduce bajo tres formas diferentes, la intelección, la volición y la sensibilidad.

En cuanto al *método*, no puede ser evidentemente otro distinto de *la conciencia*; puesto que, por definición, sólo pertenece al alma lo que entra en el dominio de la conciencia.

Y puesto que la conciencia es atributo exclusivo del espíritu, la bestia que no tiene espíritu, carece de conciencia; es incapaz de conocimiento, de voluntad y de sensibilidad, es un

(1) Este punto de vista se encuentra claramente formulado por un cartesiano de importancia, el abate M. Duquesnoy, en su obra intitulada: *La perception des sens, operation exclusive de l'âme.*

cuerpo en nada distinto de los otros cuerpos, y que, por lo demás, es simplemente, como veremos más adelante, un conjunto de partículas materiales, sujetas exclusivamente á las leyes de la mecánica, un mecanismo ó un autómeta.

\*  
\* \*

Después de haber así determinado el objeto de la psicología, de una manera absoluta, Descartes le opone á los cuerpos, objeto de la física. Nos limitaremos á indicar aquí este nuevo punto de vista, ya que más adelante habrá de ser tratado detenidamente.

La duda metódica, aplicada á nuestros juicios sobre la naturaleza sensible, nos manifiesta los errores frecuentes en que incurrimos al atribuir á los cuerpos cualidades que en realidad sólo existen en nosotros mismos. Tal es, por ejemplo, el color, el sonido, etc., que atribuimos á los objetos exteriores, pero cuya realidad sólo es subjetiva. ¿Y qué queda después de haber eliminado de nuestros juicios sobre los cuerpos, todo lo que podemos quitarles sin suprimirlos? Los cuerpos se nos presentarían revestidos de una forma exterior, capaces de movimiento; pero esta forma y este movimiento son efectos de la extensión; resulta, pues, que los cuerpos están constituidos por materia extensa. Y del mismo modo que el espíritu se constituye por el pensamiento, el cuerpo está constituido nada más que por la extensión. Entre uno y otro, el espíritu *pensante* y

la materia extensa, hay incompatibilidad radical, exclusión absoluta.

\*  
\* \*

Hemos visto lo que en sí misma es el alma, «un sér que piensa», y su oposición al cuerpo, en particular al cuerpo humano, «extenso, regido por las leyes del movimiento». Pero antes de continuar el análisis de la naturaleza y del contenido del pensamiento, se impone una pregunta: ¿Qué relación hay entre el pensamiento y el sér que piensa, entre el acto consciente y el principio de donde procede?

Descartes responde que el pensamiento es un atributo del alma, y que, por consiguiente, no hay distinción real entre los dos. Por substancia entiende el sér que no necesita de ningún otro para existir; el cuerpo y el espíritu son substancias, en el sentido de que no necesitan más que del concurso divino para existir (1).

La substancia sólo se conoce por sus atributos; y por *atributo* entiende Descartes una cualidad inseparable de la substancia, á diferencia de las cualidades variables que se llaman *modos* ó *modificaciones*. Cualquier atributo puede dar-

(1) «Per substantiam nihil aliud intelligere possumus quam rem quæ ita existit, ut nulla alia re indigeat ad existendum... Nomen substantiæ non convenit Deo et creaturis *univoce*. Possunt autem substantia corporea, et mens, sive substantia cogitans, sub hoc communi conceptu intelligi, quod sint res quæ solo Dei concursu egent ad existendum.» *Principiorum Philosophiæ*, Pars 1.<sup>a</sup>, §§ 51, 52.